

OSCAR DEL BARCO

En busca de las palabras

*Textos sobre literatura y arte,
1972-2014*

Selección y prólogo de Carlos Riccardo



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2017

Barco, Oscar del

En busca de las palabras : textos sobre literatura y arte, 1972-2014 / Oscar del Barco ; compilado por Carlos Riccardo ; prólogo de Carlos Riccardo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2017.

297 p. ; 21 x 14 cm. - (Lengua y Estudios Literarios)

ISBN 978-987-719-124-0

1. Filosofía. 2. Literatura. 3. Estudios literarios. I. Riccardo, Carlos, comp. II. Riccardo, Carlos, prolog. III. Título.

CDD 807

Distribución mundial

Armado e imagen de tapa: Juan Balaguer

D.R. © 2017, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738
Ciudad de México

ISBN: 978-987-719-124-0

Hecho el depósito que marca la ley 11723.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN COLOMBIA - PRINTED IN COLOMBIA

Índice

<i>Escrito en una hoja sin límites</i> , por Carlos Riccardo	9
<i>Libros de Oscar del Barco</i>	28
I. <i>Leer Blanchot</i>	31
II. <i>Bataille y el erotismo</i>	51
III. <i>Antonin Artaud y el texto revolucionario</i>	59
IV. <i>El viaje de Artaud a México</i>	83
V. <i>Antonin Artaud</i>	95
VI. <i>Observaciones al libro de Stéphane Mallarmé</i> <i>Para una tumba de Anatole</i>	107
VII. <i>Notas sobre Paul Celan</i>	121
VIII. <i>El tiempo de Jabès</i>	141
IX. <i>Notas sobre la mística de Nietzsche</i>	147
X. <i>El problema de la representación en el arte</i> <i>contemporáneo</i>	177
XI. <i>Macedonio Fernández o el milagro</i> <i>del ocultamiento</i>	211
XII. <i>Consideraciones sobre un poema</i> <i>de Juan L. Ortiz</i>	229
XIII. <i>Juan L. Ortiz, poesía y ética (selección)</i>	243
XIV. <i>Hay</i>	287

Escrito en una hoja sin límites

ENTRE los cincuenta y seis prólogos que Macedonio Fernández antecede al *Museo de la novela de la Eterna*, hay uno que se pregunta desde el mismo título: “¿Basta con ‘ir antes’ para ser prólogo?”. Quizá la humorada quiera indicar la incongruencia de anteponer un texto explicativo al texto propiamente dicho que es un libro. En este caso, prologar a Oscar del Barco es, por lo menos, un contrasentido. Todo aquello que pueda ser escrito acerca de la obra proviene de ella, y quien la haya leído —el prologuista debe haberlo hecho— sabe lo inadecuado y contraproducente que puede ser hablar de nociones tales como “obra”, “autor” o “pensamiento” de Oscar del Barco. Sin embargo, si este primer camino se cierra ante la improcedencia redundante del recurso, queda la posibilidad de esbozar ciertas trazas biográficas del itinerario intelectual, aunque sepamos que este esbozo se hace sobre el territorio de la ausencia y la persona, como ya lo decían los romanos, es esa máscara habitada por nadie. Con Oscar del Barco ocurre particularmente que estas trazas biográficas se condensan a veces en nodos de significación polémica.

El primero de esos puntos “polémicos” es el último en el orden cronológico y tuvo gran resonancia. En diciembre de 2004, apareció publicada en la revista cordobesa *La Intemperie* una carta enviada a la redacción. Desde entonces, fue conocida como del *No matar*.¹

¹ La carta fue publicada originalmente en *La Intemperie*, núm. 17, Córdoba, diciembre de 2004. Con posterioridad, formó parte del volumen *No matar. Sobre la responsabilidad*, Córdoba, Del Cílope y Universidad Nacional de Córdoba, 2007.

Estaba motivada por el relato de Héctor Jouvét, publicado en los dos números anteriores, acerca del fusilamiento de dos muchachos en la selva salteña por razones de disciplina “militar”. La misiva generó una discusión sin precedentes sobre uno de los temas más sensibles de la historia argentina: la simpatía o el apoyo declarado de cierta parte de la intelectualidad de izquierda hacia la lucha armada en los años sesenta y setenta. El nombre de Oscar del Barco saltó de los ámbitos de la filosofía, la reflexión crítica del marxismo, el arte y la poesía. Si la carta fue mal entendida —salvo algunas excepciones, como la respuesta de Christian Ferrer, pero sobre todo la conmovedora, serena y desolada carta de Héctor Schmucler—, fue origen también de un debate necesario. Sin embargo, ninguno de los que levantaron sus voces indignadas contra lo que decía parecía entender de qué se trataba: una experiencia (“Era como si hubieran matado a mi propio hijo”) imposible de compartir, algo venido desde afuera que solo dejaba lugar al grito, al llanto, a un acto de contrición salido del dolor más profundo, surgido de la pura conmiseración y solidaridad humanas. A la vez, era una toma de conciencia sobre la responsabilidad respecto del otro, fundacional de lo humano, y un posicionamiento valiente ante el maniqueísmo justificativo de muertes “buenas”, “justas” o no, según el punto de vista desde donde fuesen juzgadas. Era además una especie de mea culpa que no dejaba de señalar las conductas autoindulgentes o los subterfugios ideológicos ante el hecho concreto de las matanzas históricas.

La carta del *No matar* remontaba así el curso a los utópicos, trágicos, “años sesentas” en los que se respiraba un aire de renovación iconoclasta. Poco antes de que la lógica de la muerte lo alcanzara, el Che había intentado instalar un foco insurreccional (el Ejército Guerrillero del Pueblo) en Orán, Salta, cerca de la frontera con Bolivia, que pronto fracasó “sin disparar un solo tiro”, salvo los del fusilamiento de los dos muchachos ya mencionados. La falta de responsabilidad de la que se acusa a sí mismo Oscar del Barco anida allí y en el hecho de que el grupo de intelectuales de *Pasado y Presente* (la mítica revista que había fun-

dado junto a Aníbal Arcondo y en la que se encontraban José Aricó, Samuel Kieczkovsky, Héctor Schmucler y Carlos R. Jordano) apoyase el accionar del foco revolucionario. Por otra parte, la publicación de *Pasado y Presente*, crítica con los lineamientos estalinistas del Partido Comunista, también fue en su momento motivo de una polémica, en este caso, si se quiere, de carácter “endógeno”. Ese hecho y la aparición en *Cuadernos de Cultura*, la revista teórica del partido, de un artículo sobre la “objetividad” en Gramsci en el que Oscar del Barco escribía sobre un Gramsci “no leninista” e idealista resultaron las gotas que derramaron el vaso. Luego de establecerse un tribunal, todo el grupo de *Pasado y Presente* fue enjuiciado —los nombres del tutelaje burocrático no vienen al caso— y, acusado de divisionismo, “traición” y desviaciones pequeñoburguesas, fue expulsado.

Entre tanto, la secuencia hacia los años setenta no ahorra situaciones que terminarían por radicalizar la época: desde la dictadura de Onganía al Cordobazo; desde el secuestro y la muerte de Aramburu a Cámpora en Plaza de Mayo; desde el regreso de Perón a los Montoneros pasando a la clandestinidad; desde el intento del Ejército Revolucionario del Pueblo de generar una zona liberada en Tucumán a la muerte de Perón, la contraofensiva de las Fuerzas Armadas y las bandas asesinas de la Triple A. Fue en el transcurso de esos años que Oscar del Barco dirigió la colección *El Hombre y su Mundo*, que publicaba la editorial Caldén, pergeñada junto con el editor José Luis Mangieri. Prologaba y traducía los textos (con el seudónimo de Alberto Drazul) con los que intentaba expandir la acción política al campo cultural. Basta enumerar algunos de los “autores” escogidos para tener una idea cabal de la influencia que debía de imprimir en una juventud, la mía como la de tantos otros, en estado de transformación: Antonin Artaud, Georges Bataille, Maurice Blanchot, Jacques Derrida, Julia Kristeva, Louis Althusser, Philippe Sollers, Roland Barthes, Claude Lévi-Strauss. El hilo conductor que enhebraba lecturas y escrituras era una mirada deconstructivista de los fundamentos de la metafísica, es decir, de los aspectos teológicos que se esconden en toda la historia cultural de

Occidente desde Platón hasta hoy. Una idea-fuerza que del Barco nunca abandonó y que pone en cuestión conceptos tales como “creador”, “propiedad”, “yo”, “sujeto”, “sentido”. En ella, el concepto de “obra” aparece siempre como el modo descriptivo de nombrar un espacio delimitado por el nombre del “autor”, a quien se le otorgan los poderes de una trascendencia ideal. Sin embargo, no es más que un punto en una red sin centro en la que cada texto que se escribe en esa “hoja sin límites” es parte de un tejido inabarcable y está en relación con los otros en una suerte de “diálogo infinito”, tal como lo diría Maurice Blanchot en el título de uno de “sus” libros.

* * *

Después vino el golpe de Estado de 1976, que dio lugar a la época más oscura, siniestra y trágica de la que, probablemente, no nos curaremos nunca. El mismo día del golpe fue secuestrado por el ejército, junto con su familia, el editor Alberto Burnichon. Su casa de Villa Rivera Indarte en Córdoba, vecina a la de Oscar del Barco, de quien era amigo, fue saqueada e incendiada. Su cadáver apareció al día siguiente con siete balazos en la garganta. Este terrible hecho próximo y las amenazas ciertas que pesaban sobre él obligaron a que tomara una decisión irrevocable: exiliarse de inmediato en México. Además de un libro de relatos, *Memoria de aventura metafísica*, publicado en 1968 —una prosa exuberante, desmesurada, que da cuenta del lado extrañamente monstruoso de la realidad—, dejaba al partir *Variaciones sobre un viejo tema*, escrito en aquellos mismos años pero recién publicado en 1975. De más está aclarar que el viejo tema es la muerte, antigua ya en ese poema inaugural y que en aquel momento adquiría, de la mano del terrorismo de Estado, una dinámica perversa, atroz y demencial.

A pesar de la difícil adaptación a la nueva tierra, de la honda pesadumbre del desarraigo, del padecimiento de la lejanía, Oscar del Barco encontró cobijo en la Universidad Autónoma de Puebla, donde fue profesor de filosofía y lo nombraron “director”

(lo veo reírse ante tal denominación) del Centro de Investigaciones Filosóficas, una institución ad hoc donde podía trabajar y escribir con entera libertad. En torno a él, se armó un grupo de estudio y de trabajo. En el prólogo a *El Otro Marx* escribe, recordando ese periodo de tiempo, que “nuestro grupo cortó amarras con el dogmatismo del Saber, con el asfixiante narcisismo de quienes, por ser dueños del Sentido, no se equivocan nunca”.² Las investigaciones iban desde la filosofía a la antropología y sus métodos no eran precisamente metodológicos (“Nos reíamos de los marcos teóricos”); se trataba, la más de las veces, de estudios de campo que podían ser visitas a prostíbulos, a cárceles, a manicomios o a comunidades campesinas e indígenas, o ir a comer hongos a Huautla o peyote en la costa de Veracruz. Publicaban una revista, *Espacios*, que ya desde el mismo nombre indicaba el lugar de cruce de especialidades y espacialidades, la multiplicidad de las búsquedas y el despliegue por fuera de los límites propios de lo académico.

*Esencia y apariencia en El capital*³ es el primero de sus libros que se publica en Puebla y abre con una pregunta fundamental (y que en su pertinencia puede ser extendida a todas las obras que intentan ser revocadoras del pensamiento metafísico): ¿por qué una obra como *El capital* está todavía determinada por ideas y conceptos de la filosofía cuando ella misma es una superación de la filosofía? Desde este punto de partida, Oscar del Barco pone negro sobre blanco acerca de todo aquello que Marx encuentra en Hegel, pero fundamentalmente sobre aquello que lo separa, ya que se trata de pensar la conceptualización marxista fuera del orden filosófico, de comprender la ruptura radical de

² Oscar del Barco, *El Otro Marx*, Buenos Aires, Milena Caserola, 2008, p. 19. La primera edición fue publicada en Sinaloa por la Universidad Autónoma de Sinaloa en 1983.

³ Tanto *Esencia y apariencia en El capital* como *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas* fueron publicados en Puebla, México, por la editorial de la Universidad Autónoma de Puebla, en 1977 y 1980, respectivamente. Con posterioridad, fueron incluidos en *Escrituras*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011.

Marx con la filosofía como forma de pensamiento esencialmente teológico. En este sentido, dice, el materialismo absoluto no es una filosofía, como tampoco es una ciencia, una economía, una sociología, sino la “ciencia-crítica global de la sociedad capitalista” y, además, y esto es lo más importante, un pensamiento originario —como lo fue la filosofía griega al irrumpir de un suelo mítico en cuanto discurso racional— y sin soporte mítico, un pensamiento que no parte de la escisión religiosa del mundo, sino de una materialidad absoluta que, a su vez, crea un originario social: la clase obrera. De aquí que en su negatividad, en su ruptura, la ciencia marxista deba entenderse inseparable de su correlato crítico esencial: la revolución y, consecuentemente, la necesidad de conceptualizarla, porque ella no debe pensarse solo como acto político, sino también como concepto que implica la destrucción de la *episteme* occidental.

Casi como natural corolario de la ruptura surgida en la época de *Pasado y Presente*, aparece el siguiente libro: *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas*. Escrito en un momento histórico en el cual ya era imposible cualquier forma de apología del sistema soviético, en este trabajo del Barco buscaba esclarecer cómo aquello que despuntaba con la Revolución de Octubre —la realización de un Estado socialista donde los hombres fueran iguales, “el reino de la libertad” al que aspiraba Marx— a lo largo de un dramático proceso terminaba en un sistema despótico que repetía las viejas formas de explotación y represión del sistema capitalista bajo el disfraz revolucionario. Se trata de un texto descarnadamente crítico que ponía el dedo en la llaga del fracaso; un fracaso no solo explicable por las decisiones que tomó Lenin ante las circunstancias históricas como respuestas a los hechos concretos que sucedían (defensa aducida por quienes sostenían la necesidad de las más terribles purgas y matanzas), sino que anidaba ya en la propia tergiversación que hacía Lenin de la obra de Marx, donde “el leninismo”, al reproducir el esquema idealista, aparece como la más flagrante traición a los postulados del *materialismo absoluto*. Errores de visión, la incompreensión del campesinado ruso, la irrupción de la burocracia

como un virus reflejo del avance de la antigua burguesía tomando el control del partido, la derrota de los sóviets a manos de los funcionarios del partido son las pruebas más que evidentes que aporta el libro. Concluye llamando a una autocrítica global y profunda de la intelectualidad marxista para poder seguir hacia el verdadero socialismo, que según las premisas de Oscar del Barco debe ser un socialismo necesariamente pobre. La polémica que generó la obra desembocó en un fuerte debate dentro del Grupo Socialista, que se reunía en la Casa Argentina de Solidaridad de la ciudad de México. Se lo acusaba de hacer una lectura mal intencionada de la historia de la revolución, de exhibir ideas “preconcebidas”, de acomodar las citas de Lenin a los intereses deformantes de su tesis. Como contrapartida, quedó demostrado que del Barco, con su conducta muchas veces agonística, no era de aquellos intelectuales que se resguardan en la autolegitimación de algún grupo o ideología ni de los que siguen las líneas hegemónicas de un pensamiento establecido.

En *El Otro Marx*, que cierra la trilogía mexicana de textos encuadrados en la teoría política, el eje se desplaza hacia el último Marx, ignorado precisamente por la *intelligentzia* marxista. La intención de una lectura cinegética, atenta a la *marginalia* textual de Marx —notas, apéndices, inéditos, fragmentos—, como la *Introducción de 1857* o los *Manuscritos de 1844*, es reveladora de las pasiones ocultas tras los discursos, los conceptos revolucionarios del “viejo” Marx, que lo acercan a los emergentes precursores del pensamiento contemporáneo. Así es posible descubrir un *otro* Marx, genealogista, no dialéctico, de algún modo más próximo a Nietzsche, liberado del fetichismo del rigor cientificista y que, junto con Mallarmé, son los testigos visionarios del desmoronamiento metafísico que se empieza a experimentar a mitad del siglo XIX.

Después de Marx, probablemente sea a Nietzsche a quien Oscar del Barco le haya dedicado mayor atención. Una constante recorre los ensayos “Protocolos nietzscheanos”, “Notas nietzscheanas” y “Notas a la mística de Nietzsche”, y señala la diferencia radical que hace de Nietzsche el introductor en el mundo occi-

dental, a través de la filosofía, de lo que podríamos llamar el problema de la salvación por medio de una experiencia mística. Podemos pensar en Plotino o en san Juan de la Cruz, pero allí donde el primero hace de sus experiencias místicas un sistema filosófico, y el segundo queda reducido a una suerte de heterodoxia en el ámbito del cristianismo, la experiencia extática de Nietzsche no es ubicable en ninguna tradición religiosa ni en ningún sistema filosófico. Del Barco señala que aquello que se concibe como filosofía nietzscheana es, antes bien, una crítica a la metafísica y que esta crítica nace de un momento de pura intensidad, la *revelación* mística que es la experiencia del eterno retorno, “fenómeno prodigioso —palabras de Nietzsche— que aniquila al individuo redimiéndolo mediante un sentimiento místico de unidad”.⁴ Se trata de una desaparición del individuo (la individuación como forma de existencia alienada) en la unidad de todo lo existente. Lo que Nietzsche llamó Dioniso (o vio en lo dionisiaco) es un mundo-humano-cósmico sin subjetividad y desde ahí —aunque no es un lugar— enunció una ética: vive cada instante de manera que quieras vivirlo eternamente, vive de modo que trasciendas tu individualidad desapareciendo en la eternidad del instante. Si no se comprende que es en la pura intensidad de esta experiencia extática donde Nietzsche funda su crítica y su *ethos*, se corre el riesgo de reducir el pensamiento nietzscheano a una estación en la historia de la metafísica; error, según Oscar del Barco, que comete Heidegger al tomarlo como la culminación de ella. Y si bien lo dionisiaco abre una perspectiva demencial —Nietzsche es la prueba—, no hay que tomar la locura de Nietzsche como un caso patológico, sino ubicarla en el orden de lo cultural: su crisis de la razón es la crisis de la Razón occidental, y su crítica —múltiple, simultánea, genealógica de la idea de Dios, del Ser, del Sujeto— busca liberar al hombre

⁴ Oscar del Barco, “Notas sobre la mística de Nietzsche”, en *El abandono de las palabras*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 1994, p. 341. El libro fue reeditado en Buenos Aires por Biblioteca Internacional Martin Heidegger en 2011.

de la prisión egocéntrica en la que se encuentra escindido de la verdadera vida.

En el prólogo a *La intemperie sin fin*,⁵ del Barco habla de una experiencia transformadora. “Aldea” no solo nombra de manera simbólica un lugar geográfico real —Tecolutla, en la costa de Veracruz—, sino además el lugar inefable de esta experiencia fundamental, aunque no haya referencia claramente explícita: la realizada con peyote.⁶ “Los nombres de la clausura no solo son conceptos sino realidades consistentes: alma, dios, espíritu, ciencia, teoría... *Aldea* rinde cuenta de la travesía del Logos hacia el afuera.”⁷ Experiencia que se refiere, ciertamente, a la mentada desujeción, o para decirlo junto con Oscar del Barco y con reminiscencias nietzscheanas: “La no individuación posibilita que allí el mundo hable y no alguien”.⁸ “Aldea” viene a testificar la experiencia, no de manera teórica, sino en el mismo acto en que ya no se puede dar cuenta de ello por la desaparición de uno mismo, y remite a lo que podría denominarse una poética de la desubjetivación, la cual articula el conjunto del libro. Los “autores” que importan aquí son aquellos que impugnan la idea de sujeto, de la individuación como argumento de identidad; son los que se han expuesto a la experiencia límite del desfondamiento: ya sea desde el éxtasis místico, como Nietzsche; o en la “experiencia interior” de Bataille —ese deslizamiento más allá de todo límite a través del erotismo—; o Artaud (particularmente central para del Barco), porque su “locura” muestra ese agujero donde surge “lo otro-que-mundo” y que no se puede cerrar en arte o literatura, sino que es la expansión de un desorden sin

⁵ Oscar del Barco, *La intemperie sin fin*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1985. Fue reeditado en Córdoba por Alción en 2008.

⁶ Los textos sobre experiencias con alucinógenos aparecieron con el título “Viajes” en la revista *Escrita*, núm. 4, Córdoba, 1982, y en la revista *tsé-tsé*, Buenos Aires, 2001. Posteriormente, fueron reunidos en *Alternativas de lo posthumano*, Buenos Aires, Caja Negra, 2010.

⁷ Oscar del Barco, *La intemperie sin fin*, op. cit., p. 12. Las cursivas pertenecen al original.

⁸ *Ibid.*, p. 18.

dominio. Una escritura profética que se desata violentamente como grito, como energía material que habla del sufrimiento de la carne en la sociedad burguesa y alienada.

Y si “Blanchot nunca abandona sus temas”, cabe destacar que Oscar del Barco tampoco abandona los suyos. Son “temas” o líneas de fuerza que parecen emerger desde una zona central y efectivizarse en los diversos campos donde operan —el teórico-político, el filosófico, el poético— y desde donde se propagan, por debajo de la superficie, alcanzando múltiples perspectivas que van desde el señalamiento de los mecanismos de inversión, que produce el sistema metafísico, al desenmascaramiento de las estructuras despóticas, constituyentes de los órdenes sociales, económicos, productivos que instaura; desde el análisis de las ideologías y de las instituciones que ejercen esta dominación material, con sus procesos y sus “astucias”, a la visualización de la crisis del Sistema como forma natural de funcionamiento; o desde la descripción de las formas de sometimiento y cómo estas se reiteran tanto en el capitalismo como en el socialismo, tanto en los poderes como en los contrapoderes que se mimetizan con rapidez. Escritos como “Racionalidad y represión” o “Crisis”, de *El abandono de las palabras*, sirven a la comprensión del funcionamiento del Sistema en el que estamos inmersos, no como seres de carne y hueso concretos, sino como personificaciones ideales o cuerpos de esencia meramente instrumental, cosas intercambiables, entes innecesarios en un proceso automático en que las fuerzas de la razón técnico-científica nos han llevado a esta Edad Negra actual de cariz apocalíptico.

* * *

Recién diez años después de su retorno del exilio en 1983, se publica *El abandono de las palabras*. El libro es el recorrido del pensamiento filosófico entre lo espiritual, lo místico y lo religioso sobre el panorama desolador de la actualidad de la sociedad técnica. Recoge las publicaciones que en ese periodo aparecieron en revistas como *Espacios*, *Escrita* y *Nombres*, esta última creada por

el Centro de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional de Córdoba. En esta casa de estudios, a su regreso, retomó su antiguo cargo de profesor, aunque esta vez como un maestro zen deambulando sobre la cuerda deshilachada y rota del saber tratando de despejar el camino de la maleza metafísica que la historia del pensamiento en Occidente produjo bajo el nombre de filosofía. Varios de estos textos están centrados en Heidegger; son el producto de una lectura minuciosa de las obras del filósofo, un seguimiento riguroso que, más allá de los presumiblemente no buscados efectos didácticos (en tanto están inscriptos en un ámbito universitario y a pesar de su asistematicidad proclamada), más allá de esclarecer lo intrincado y dificultoso del pensamiento heideggeriano, me atrevería a decir que muestran el hallazgo de del Barco de la idea de “donación” —que Heidegger toma de su maestro Husserl y que este abandona sobrepasado por lo que la idea misma conlleva—, que será en adelante fundamental como tema de pensamiento. Es en este cruce entre filosofía, poesía y teología atea donde se juega el Oscar del Barco ulterior.

La intemperie es lo abierto, quien está en la intemperie está indefenso, desprotegido, “abandonado” bajo un cielo y en una tierra inhóspita, pero, como dice Hölderlin, “allí donde está el peligro crece lo que salva”; en la intemperie, paradójicamente, se da la posibilidad también de algo benefactor, de una gracia. El hombre está (y es) en “la intemperie sin fin”, tal el célebre verso de Juan L. Ortiz, expuesto a la inclemencia y al don. Si Heidegger encuentra principalmente en Hölderlin la posibilidad de pensar la poesía como espacio de revelación de lo abierto, del Barco, a su vez, lo hace con Juan L. Ortiz.⁹ El escritor enterriano es la prueba cabal de lo que es un poeta. ¿Qué es un poeta? No es un sujeto constructor de un poema, sino un espacio-de-manifestación del don del poema, el lugar de una disponibilidad para la captación de un ritmo —de la naturaleza, cósmico— y que, borrándose en cuanto sujeto, nos participa este brotar. En él se hace palabra la epifanía de la donación; en él, el éxtasis de

⁹ Oscar del Barco, *Juan L. Ortiz. Poesía y ética*, Córdoba, Alción, 1996.

la inmanencia se da como palabra poética. Juan L. Ortiz aparece como el más puro ejemplo de poeta no solo por esos poemas en donde se realiza el canto de un lugar natal y en los que el desvelamiento de lo inmediato se resuelve en un panteísmo celebratorio, sino también —y quizá sobre todo— por la aceptación humilde de ese destino y de esa misión. A través de su figura, Oscar del Barco busca mostrar cómo el acto de la poesía realizado verdaderamente —es decir, cuando se asume hasta en sus más extremas consecuencias— implica una ética, una “manera de vida”.

*Exceso y donación. La búsqueda del dios sin dios*¹⁰ es un libro que querría ser el relato de un imposible, el pensamiento de las aporías que intentamos llamar Dios después del acontecimiento esencial de la Modernidad, la muerte de dios, en los términos con que se había impuesto a la cultura y a la historia. Desde ya que estamos frente a un estadio posmetafísico, después del “Dios ha muerto” de Nietzsche o de los “dioses han huido” de Hölderlin, y esta muerte lo es en tanto se refiere al Dios Supremo, al Creador, el dios que el hombre instituyó a su propia imagen y semejanza. Después de esta debacle formidable que nos ha arrastrado al nihilismo de la época, el pensamiento filosófico que aún se pregunta por Dios se pregunta en realidad por la “problemática de la manifestación de la donación de lo dado”. Del misterio de que algo sea y de la donación del Ser, ahí donde ya no hay nada ni nadie que lo provea. Ahora bien, esta pura donación presupone un *hay*. Dice Oscar del Barco: “Hay el *hay*”. El *hay* es anterior al *es*. Schelling lo llamó *Prius*: lo primero de todo, incluso lo primero de lo primero, lo *antes* absoluto, lo que *precede* de una manera inconcebible. Me gustaría subrayar *lo inconcebible* porque es en esa precedencia previa a toda procedencia donde se juega esta idea fuera de toda conceptualización posible. La metafísica tiende a cerrar el *hay* en un concepto, cuando en verdad es lo puro abierto, y de ningún modo participa del Ser porque es previo al

¹⁰ Oscar del Barco, *Exceso y donación. La búsqueda del dios sin dios*, Buenos Aires, Biblioteca Internacional Martin Heidegger, 2003. Fue reeditado por la misma editorial en 2011.

Ser. Hay donación del Ser, es una revelación —en tanto no es inducida ni deducida—, y luego, solamente luego, es posible hablar del Ser, del ente, del mundo, del hombre. Pero a la vez, como un reverso de la donación, hay un exceso: un siempre *más*. Una incesante apertura donde lo mismo se excede en un *más* que lo mismo. Una desmesura que no puede contenerse ni reducirse a un “todo”, porque todo está excediéndose en lo *abierto* que no termina, que no puede terminar, que no puede ser clausurado en ningún concepto, en ninguna inmanencia ni en ninguna trascendencia. “El mundo no se excede en otro mundo sino en otro-que-mundo”, dice del Barco. Y el Ser, en un más-que-ser; Dios, en un más que Dios, y el “yo”, en un más que “yo”. La idea de “exceso” es clave; significa que nada en definitiva *es*, que nada está terminado ni cerrado, ya que si Dios, o el Ser, o el Yo, o el mundo *fueran*, serían *algo*, un ente; estarían determinados, clausurados por un concepto, por el *es*. En cambio Dios “es el *hay* y el *más* del *hay*”; y el Ser, el gran misterio del aparecer, es el siempre más dándose en acto: *esto* aquí y ahora eterno.

Exceso y donación también abre un espacio para la reflexión sobre el arte, aunque no lo haga desde un ángulo meramente estético, sino atento a su carácter fundante de lo propiamente humano y que la filosofía siempre le ha reconocido. El arte es forma de lo sagrado y está más allá de cualquier concepto o teoría: el hombre se pone en juego allí, de manera absoluta. Al igual que en la poesía, la experiencia de la donación es esencial. El don adviene como videncia de lo que la propia videncia *ve*, y el contenido de esta experiencia es lo que se revela como obra de arte. Don del poema, don del cuadro, don de una música. No es sencillamente “inspiración”; ninguna musa está detrás de lo que viene, llega porque llega y, cuanto más se está entregado al juego insensato en que el hombre se expone a lo abierto, más adviene, y cuanto más se trabaja en “eso” —no se puede prescindir del trabajo, admite Oscar del Barco, porque es inherente y no separado a la consecución de la obra—, más abierto a lo sagrado, a la epifanía de lo que se da y se realiza en la palabra, la pincelada, las notas. Algo inexplicable, una fuerza que trasciende al “artista”

incluso absolutizándolo en su trabajo, en el puro olvido de sí. Un milagro, un infinito, un misterio, una mística: “El arte es el acto esencial de la presencia del *hay*”.

* * *

Antes de finalizar, algo que hasta ahora he soslayado: la poesía de Oscar del Barco, considerando que en esta proposición hay que tachar la preposición (de) y el nombre propio. El costado en un principio oculto, a la sombra de sus actividades políticas, filosóficas; el lado *no pensante* —dicho esto sin ninguna intención peyorativa— y que fue tomando cada vez mayor preponderancia, desde aquel primer libro, *Variaciones sobre un viejo tema*, y la imagen de trágica belleza abismal cuando esperaba a las bandas asesinas de la Triple A traduciendo el *Herodías*, de Mallarmé, cuya concepción “órfica” del mundo signa, de alguna manera, el trasfondo poético inicial de donde saldrán *Infierno* (publicado luego en el exilio mexicano) y la *Elegía* en memoria de Alberto Burnichon, incluida ahora en *Orión*,¹¹ libro que recoge poemas escritos entre 1975 y 1986. Luego, la poética de del Barco pegará un giro que no solo será visible en la forma externa del poema, sino también en la emergencia, como desde el abismo, de una voz no lírica, exigua, despojada, impersonal, atravesada esencialmente por el dolor humano. Son muchos libros y una sola voz a través de los años y las vicisitudes de una vida consagrada también a la reflexión sobre la poesía. Entre ellos, quisiera destacar, en primer término, *dijo*,¹² porque desde la experiencia poética, aquella por la cual en el desasimiento se deja hablar al mundo, esa palabra tantas veces descarnada se hace carne en la voz dispersa de los parias, los viejos, los desclasados, los pobres, los locos, los perdidos, los que mansamente, frente al proceso maligno del Sistema-Razón, de la cosificación, contraponen “lo abierto de la debilidad”

¹¹ Oscar del Barco, *Orión*, Buenos Aires, Activo Puente, 2015.

¹² Oscar del Barco, *dijo*, Córdoba, Alción, 2000; *dijo. Segunda y tercera parte*, Córdoba, Alción, 2001.